

LECTURA DE «LUGAR DE ORIGEN»

Jorge Dávila Vázquez

Yo vengo de la tierra donde la chirimoya,
talega de brocado, con su envoltura impide
que gotee el dulzor de su nieve redonda,

y donde el aguacate de verde piel pulida
en su clausura oval, en secreto elabora
su substancia de flores, de venas y de climas.

Tierra que nutre pájaros aprendices de idiomas,
plantas que dan, cocidas, la muerte o el amor
o la magia del sueño o la fuerza dichosa,

animalitos tiernos de alimento y pereza,
insectillos de carne vegetal y de música
o de luz mineral o pétalos que vuelan,

capulí —la cereza del indio interandino—
codorniz, armadillo cazador, dura penca
al fuego condenada o a ser red o vestido,

eucalipto de ramas como sartas de peces
—soldado de salud con su armadura de hojas,
que despliega en el aire su batallar celeste—

son los mansos aliados del hombre de la tierra
de donde vengo, libre, con mi lección de vientos
y mi carga de pájaros de universales lenguas.¹

(Jorge Carrera Andrade, «Lugar de origen»).

1. Jorge Carrera Andrade, *Obra poética*, Quito, Acuario, 2000, p. 335.

Este debe ser uno de los primeros poemas que leí de Carrera Andrade, con su «Juan sin Cielo», tan bello, pero que se volvió lugar común gracias al uso que le dio Alejandro Carrión.

Me ha parecido siempre una joya de nuestra poesía. ¿Por qué? Pues por su magia de cuento, de historia fantástica. El poeta se transforma en un ser privilegiado, que irrumpe en el poema con ese tono familiar y que tiene al mismo tiempo un no sé qué de aventura, de secreto: «Yo vengo de la tierra». ¡Y qué tierra pinta para nosotros sus boquiabiertos lectores! Podríamos decir que es del paraíso de donde llega, cargado con su fardo de maravillas. Esa chirimoya, pariente de las frutas casi míticas que describía don Andrés Bello en su «Agricultura de la zona tórrida»; ese aguacate, con su carne amasada de sustancias cósmicas; esos pájaros parlantes, que parecen provenir de las *Mil y una noches*; esas plantas mágicas, que tan pronto pueden ser venenos como afrodisíacos; esos delicados animalillos comestibles, que a unos estremecen y a otros deleitan; ese capulí, que a Roberto Bugliani le parecía el fruto del árbol más poético del Ecuador; esas pequeñas bestias y plantas, que Carrera amaba como fragmentos preciosos de un universo en que él que se erguía, como lo dijo su par, cual un «Titán contemplativo»; ese eucalipto de ramas como sartas de peces, que tiempo después regresaría a la lírica ecuatoriana, como un ángel apoyado en el muro de una canción daviliana; ese mítico odre de vientos y aves, como el de un Odiseo de nuestra América, cuya identidad está tan hondamente subrayada en el texto. Todo lo escrito, lo consignó Escudero, es así de efímero, y así de inmortal, él lo escribió en la espuma, y le «duró su transparencia leve lo que la alondra, el cántico y la pluma, a que el olvido al aire se lo lleve». En Carrera Andrade, vientos y aves son su lección y su carga, sí, por lo volanderos, lo transparentes, lo leves, pero también porque se quedan en la memoria de las gentes para siempre, con su sonido armonioso de trino o de brisa, con su escritura de alas que pasan o de dioses que llegan en medio de nuestra noche más oscura, como una leve luz que enciende la poesía en el corazón, pero que es, sin exagerar, luz de eternidad. ■